

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

**D. Miguel Sawa.**

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

Á CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



¡JUEGO!

Está lleno el garito de gente maleante, y alrededor de la mesa se agolpa de los puntos el enjambre. Talla el croupier. Conforme van saliendo las cartas lentamente, se oyen voces que gritan:—«A la sota.» —«Al cinco.»—«Al rey.»—«Al siete.» —«De primeras al cinco y al rey.»—«De salto al siete y á la carta.» De repente penetra en el garito un obrero de faz tranquila y pálida, y echa sobre el tapete una moneda, diciendo en tono decidido y claro: —¡Juego! Esas dos pesetas á la sota...  
contra un pistoletazo.  
PEDRO BARRANTES.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.                   &gt; trimestre..... 2,50    &gt;                   &gt; año..... 10            &gt;</p>		<p>FUNDADOR</p> <p><b>EDUARDO SOJO</b></p>	<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.                           &gt; semestre..... 6        &gt;                           &gt; año..... 12            &gt;</p>
--	--	--	--

QUINTA DENUNCIA

«DON CARLOS DENUNCIADO»

Es decir, Don Carlos precisamente no, el folleto que lleva su nombre, segundo de la colección publicada por DON QUIJOTE y denunciado también como lo fué el primero (El P. Sanz).

El pretexto ha sido el mismo, faltas á la moral acomodaticia. ¡La moral y Don Carlos! La verdad es que el pretendiente goza de grandes simpatías entre los reaccionarios de la restauración. La previa censura militar de Sagasta manchaba con su lápiz rojo cuanto se escribía de Don Carlos; no era posible llamarle estúpido, ni sanguinario, ni mujeriego sin que los fiscales tacharan.

Hoy son los agentes de Polavieja los que, en nombre de la moral, procuran que se lean con mayor interés esos libritos verdaderamente sugestivos. ¡El padre Sanz! ¡Don Carlos! El próximo se llamará Polavieja.»

(De El País.)

DEGENERADORES

¿Estudiar? ¿Para qué? Los problemas fundamentales de la vida están ya resueltos por la fe. El afán de saber perdió á nuestros primeros padres. El apóstol de los gentiles recomienda la sobriedad en la ciencia. Todos los folletistas de la reacción, desde Luis Vellot hasta Severo Catalina, nos enseñan que el niño que conoce su catecismo sabe más y mejor filosofía que Kant, Fichte y Hegel. La razón es soberbia, rebelde, satánica. Toda ciencia es, en nuestros tiempos, sospechosa de herejía. Para medrar, el estudio estorba. Fortuna te de Dios hijo... Ni Sagasta ni Polavieja han tenido que empollar sobre los libros para llegar á magnates.

¿Trabajar? ¿Para qué? Los agricultores de la provincia de Toledo, con su arzobispo á la cabeza, acaban de implorar del cielo el don de la lluvia, que el cielo rehúsa á los campos sedientos. Hombres de poca fe hubieran procurado hacer canales para regar la tierra ó atraer y conservar la humedad de la atmósfera repoblando montes. Cuando se tiene plena confianza en la intervención celeste, ¿á qué emplear ese esfuerzo inútil? El «á Dios rogando y con el mazo dando» es un proverbio escéptico con sus ribetes de sarcástico. Confiemos en aquel que alimenta á los pajaritos del aire y viste al lirio de los valles.

¿Votar? ¿Para qué? Todo poder viene de Dios. La autoridad no deriva su fundamento de la voluntad de los hombres. Tiranía ó libertad, legitimidad ó usurpación tienen el mismo origen. El hecho es el testimonio irrecusable del designio providencial. Al súbdito no le compete crear el poder, sino soportarlo. A todo Gobierno debe serle aplicado lo que dice del monarca el dramaturgo clásico:

«Nos le da la Providencia malo, cuando nos castiga, y bueno, cuando nos premia.»

Hay que reconocer que estas doctrinas cuadran maravillosamente á nuestra idiosincrasia nacional. No es extraño que hayan llegado á tener entre nosotros tanto arraigo. Se ha dicho de la Revolución francesa que vino á ser punto por punto la aplicación á los hechos de las especulaciones rusionianas. Con mayor razón aún podrá decirse que es nuestro carácter la opinión viva del fa-

lismo místico y teológico. El horror al saber satisface nuestra indolencia intelectual. La confianza en el milagro lisonjea nuestra nativa pereza. La consagración de un Gobierno de hecho nos exime muy á nuestro gusto del trabajo y enojo de hacerlo. ¡Qué delicia esta de encontrarse la vida toda predeterminada, sin tener que emplear otro esfuerzo sino el de dejarse vivir!

Por estimar funesto cuanto en esta dirección nos encamine, tuvimos desde luego por gran calamidad, aun después de Sagasta, á esta beata situación. Hubo quien, con más ó menos sinceridad, perdonó á esta taifa regeneradora su significación reaccionaria, á cambio de las maravillas administrativas y financieras que de ella se prometía. Nosotros no. Aun antes de ver reducida toda su labor reformista al parto de los montes de la supresión de las ministeriales cesantías, auguramos de su gestión males sin cuento. Hubieran realizado en el orden administrativo y económico todos los anunciados prodigios, hubieran aumentado los recursos, disminuído las cargas, nivelado los presupuestos, sacado riqueza de la nada, convertido el agua en vino y repetido el milagro de los panes y los peces, y ni aún así habríamos podido perdonarles su pecado original de reaccionarismo.

¡Prejuicio, fanatismo político, pasión ciega de parcialidad, detestable espíritu de secta! No, caballeros, no es nada de eso. Es la convicción firme, profunda, inquebrantable de que no hay redención para los españoles sin una rectificación completa de la psicología nacional. Las almas hacen la riqueza y la riqueza no hace las almas. Vengan la pobreza, el desorden, la bancarrota; con previsión, con laboriosidad, con inteligencia, con sentido común, hallarán pronto remedio. Désenos la opulencia, un Gobierno ideal, una administración modelo: con fanatismo, con ignorancia, con holgazanería pronto caeremos otra vez en la miseria y en el caos. Así, aunque este Gobierno beatífico hubiese sido, con efecto, o que dijo iba á ser, nunca los bienes materiales que su gestión nos procurara habrían podido compensar los males morales que su mojigatería nos infringiera.

ALFREDO CALDERÓN.

ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA

La luz del sol naciente los campos alegraba; las tímidas violetas sembraban dulce olor, y el transparente arroyo sus cauces ensanchaba con plácido murmurio y armónico rumor.

¡Piaban en los nidos los cándidos jilgueros, la alondra enamorada y el ruiseñor gentil; brotaban los jacintos del parque en los linderos y su botón rompían las rosas de hojas mil.

Del día á los nacieros rosados resplandores salían la fragancia del aire á respirar, él, rebotando vida, y ella, cantando amores, cogidos de las manos y en plácido vagar.

Delante, cosechando las encendidas rosas, dos niños sonrientes, con infantil placer, corrían persiguiendo las blancas mariposas que á los amantes padres venían á ofrecer.

Los toscos aldeanos al verles sonreían, la pingüe siembra echando del campo en la labor; perdersen en lo frondoso del bosque les veían oyendo el casto beso del conyugal amor.

¡Ay, de la vida humana, cuán poco el bien nos dura! pálido sol de Octubre, de lumbre funeral, del campo yermo alumbraba la tétrica llanura, con moribundo rayo de resplandor fatal.

Buscando entre las sombras al ánimo cobarde

consuelo al bien perdido y alivios al dolor, la demacrada vinda sale al morir la tarde los ojos arrasados en llanto abrasador. Los niños van vestidos de luto, asaz temprano; los ojos alzan tristes, y en lento paso van; la madre, que les lleva cogidos de la mano, mirando va la tierra con desusado afán. Los pobres labradores, que de su bien testigos miraron con envidia su dulce bienestar, las flacas manos tienden, ya miseros mendigos, errantes portidoseos, sin patria y sin hogar. Ayer brotaban flores en la amorosa tierra; la luz creó las plantas, la paz creó el amor; ¡llevóse amor y dichas la asoladora guerra! dejó su eterna herencia: ¡la sombra y el dolor!

EUSEBIO BLASCO.

¡JUSTICIA!

No vamos á perder el tiempo indignándonos. ¿Para qué? Sería inútil.

La prensa ha hecho públicos todos los horrores cometidos en el llamado proceso de Montjuich.

En el Código de Justicia militar hay un artículo, el 223, que dice:

«Serán castigados con la pena de cadena perpetua ó muerte, previa degradación, los militares que, prescindiendo de la obediencia á sus jefes, incendien ó destruyan edificios ú otras propiedades, saqueen á los habitantes de los pueblos ó caseríos, ó cometan actos de violencia en las personas.

A los promovedores y á los de mayor empleo, les será impuesta siempre la pena de muerte.»

¿Es claro, es terminante este artículo?

Pues aplíquesele á quien haya lugar, y hágase una vez justicia.

Es lo único que pedimos.

¡Justicia!

POR LOS POBRES

(TRADUCCIÓN DE VICTOR HUGO)

El que da limosna á un pobre, presta á Dios.

Ricos, vosotros, los felices del mundo, cuando celebráis vuestras fiestas de invierno, cuando el baile os inunda con sus fuegos, cuando brillan en torno vuestro, columnas, espejos, cristales, candelabros ardientes, círculos estrellados de luces, y la alegría de la danza resplandece en la frente de los convidados, en tanto que un timbre de oro resuena en los espléndidos salones, trocando en alegre canto la voz grave de las horas. ¡Oh! ¿No pensáis que tal vez algún desgraciado, atormentado por el hambre, se detiene entre las tinieblas de la próxima encrucijada y contempla cómo danzan vuestras sombras luminosas en los vidrios de los dorados salones?

¿Os paráis á reflexionar que está allí, entre la nieve, que es quizás un padre sin trabajo, aniquilado por la miseria?

Acaso exclama con voz sorda:

—¡Para uno solo, cuántos bienes! ¡A su espléndido festín, cuántos amigos acuden! ¡Qué dichoso es este rico! Sus pequeñuelos le acarician sonriendo... ¡Sólo en juguete, qué de pan para mis hijos!

En el fondo de su alma compara vuestra fiesta con su hogar, donde jamás brillan los alegres resplandores de la llama; allí están hambrientos los hijos, andrajosa la madre y extendida y muda, sobre un puñado de paja,

# DON QUIJOTE

LINIERS EN LA EXPOSICIÓN

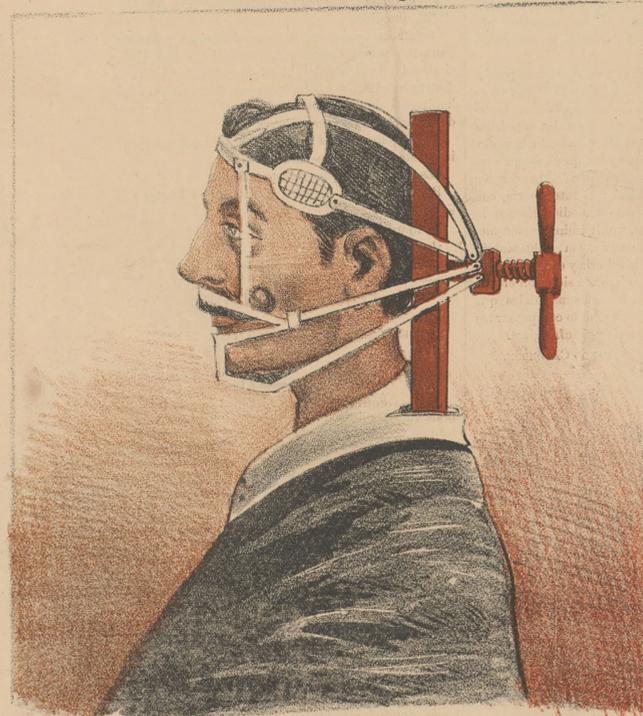


—¡Que escándalo! ¡Cuánta mujer desnuda!

¡A ver, guardias; que vistan á estas señoras inmediatamente!

Se me fue López Domínguez,  
también se marchó Gamazo;  
Sólo me queda Moret...  
¡Qué solo me voy quedando!

EL PROCESO DE MONTJUICH



Ojo por ojo, diente por diente.

LA BUENAVENTURA



—Pues esta raya *significa* que te van á acusar las cuarenta á poco que te descuides, y que tengas mucho cuidado no te vayan á fallar el as de oros.



—Y advierto á ustedes que está á punto de agotarse la edición.



Pues si sigue lloviendo así, ¡el delirio!



El ama seca del regionalismo.



El maestro Ciruela, que no sabía leer y puso escuela.

la abuela, ¡ay!, á quien el invierno ha dejado ya bastante fría para el sepulcro.

Dios ha puesto diversos grados en las fortunas humanas. Los unos van por la vida encorvados bajo el fardo de las penas. En cambio, al banquete de la felicidad ¡qué pocos convidados asisten! Aun de éstos, no todos disfrutan de idénticos lugares. Una ley, que desde abajo parece injusta y perversa, dice á los unos: ¡gozad! y á los otros: ¡envidia!

Este pensamiento es sombrío, amargo, inexorable, y fermenta en silencio dentro del corazón del indigente.

Ricos, felices del día que vivís adormecidos por el placer; que no sea el miserable el que arrebaté de vuestras manos todos esos bienes superfluos, en los cuales se ceba su mirada. ¡Oh, que sea la caridad! ¡La ardiente caridad idolatrada por el pobre, madre de aquellos para quienes es madrastra la fortuna, sostén y guía de los que son atropellados por la voluble deidad! La caridad, como el Dios mártir, dice también: *Bebed y comed: esta es mi carne, esta es mi sangre.*

Que sea ella, ¡oh!, sí, ricos! Que sea ella la que destine alhajas, diamantes, cintas, fruslerías, encajes, perlas, záfiro, joyas, siempre falsas, siempre vanas, para socorrer al desgraciado y para salvar vuestras almas. ¡Oh, arrancar á manos llenas todas esas cosas de los brazos de vuestras hijas y del seno de vuestras mujeres! ¡Dad, ricos! La limosna es hermana de la oración. ¡Oh, Dios! Cuando un anciano transido de frío cae en vano de rodillas sobre el umbral de vuestros palacios, ó cuando los pequeñuelos recogen de entre vuestros pies, con manos enrojecidas, las migajas de vuestros banquetes, entonces, el Señor aparta de vosotros su semblante.

Dad, á fin de que Dios, que dota á las familias, dé á vuestros hijos la fuerza, dé la gracia á vuestras hijas; á fin de que vuestra viña produzca siempre dulces frutos; á fin de que se encorven vuestros graneros al peso de maduras mieses; á fin de que en vuestros sueños nocturnos veáis pasar los ángeles.

¡Dad! Llega un día en que la tierra nos abandona. vuestras limosnas forman allá arriba un tesoro. Dad, para que alguien diga, *tuvo piedad de nosotros.* Dad, para que el miserable á quien azotan las tempestades, para que el pobre que sufre al lado de vuestras puertas, fije en las fachadas de vuestros palacios miradas menos envidiosas.

Dad, para que Dios, que se hizo hombre, os mire con amor; para que hasta el mismo malvado se incline al oír vuestro nombre; para que en vuestro hogar reinen la fraternidad y la calma. Dad, para que cuando os llegue la última hora, tengáis en vuestro favor, en contra de vuestros pecados, la poderosa plegaria de un mendigo rogando por vosotros al cielo.

## DOÑA REGENERACIÓN

Todavía las calles inundan los *isidros* que á la corte vinieron la fiesta á celebrar del Santo eximio en la estéril pradera, donde, entre zambras, bulla y regocijo, se pasaron la tarde bebiendo copas y tocando pitos. Por la plaza de Oriente pasaba ayer, á eso de las cinco, cuando vi una familia de paletos. Eran un matrimonio, siete chicos, tres parejas de abuelos del sexo masculino, diez hermanos de leche, seis primos, cuatro tíos, ocho cuñados, nueve concuñados y catorce sobrinos; vamos, como quien dice, la familia de un presidente ó de cualquier ministro.

Uno de los abuelos, hombre que se las daba de *perspicuo*, al que todos oían con respeto, y que debía ser algo *político* por estar enterado de muchas cosas de carácter *híbrido*, con énfasis decía:

—«Nos marchamos al fin sin haber visto la *regeneración*. ¡Vaya una *guasa*! ¡Si yo lo sé no vengo á San Isidro!

Hice el viaje *apretao* como sardina en cuba en el *botijo*, y me puso el estómago *reguelto* el olor de la *caca* de los niños y el *heor*, pa conocer á esa señora, ¡y me marchó sin verla!»—«Pero, Quico—le interrumpió otro de los viejos,—*paee* mentira que á tu edad seas tan *primo*.

¿Por qué creías que ibas á encontrarte á esa dama en *Madrid*?—«Porque he leído y *estudio* el programa que Silvela ofrecía al país, que era un gran *sino* de regeneración, y me supuse que en cuanto que llegase este *partío* al *poer*, ya la cosa estaba hecha.»

—«Y te has *desengañao* por tí mismo. Lo que yo te *icia* tantas veces: la *regeneración* no viene, Quico; no viene ni con éstos, ni los otros, ni los de más allá. Tó está *podrio*. Aquí no hay salvación. Aquí no viene sino la *catástrofe*»—Dió un suspiro el otro viejo, contempló en silencio á su compadre, y—«*tiés* razón, Basilio—murmuró con tristeza.—*Dempués* de este viaje, yo también creo lo mismo.»

Entró en una taberna la familia de *isidros*. Yo, conforme con ellos, seguí tranquilamente mi camino.

## LANZADAS

Se han celebrado las elecciones municipales sin gran desgracias que lamentar.

Y los republicanos han triunfado en la mayoría de los distritos.

¡Pues señor, no lo entendemos!

Porque ¿no había asegurado el Sr. Silvela que en España no había ya republicanos?

Se habla de «rozamientos» entre los Sres. Dato y Polavieja.

¡Rozamientos! ¡Qué inmoralidad!

¿Y cómo es que tolera eso el púdico Sr. Liniers?

En la última semana han sido denunciados:

*El País* (tres veces).

*Progreso*.

*Vida Nueva*, y

*Don Carlos*, segundo folleto de la Biblioteca de Don QUIJOTE.

Se continuará, como los folletines de los periódicos.

*En el carro de los muertos*

ha pasado por aquí;

enseñaba el Manifiesto,

¡por eso le conocí!

Estos *isidros* son terribles:

¡Nada, que no hay quien les meta en la cabeza que Polavieja es un hombre elegante, y Villaverde un *Narciso*, y el marqués de Pidal uno de los siete sabios de Grecia!...

El ministro que ha tenido más éxito entre los *isidros* ha sido el Sr. Dato.

—¡Oh, qué hombre ese, qué bigote, qué pelito rizado, qué ojos los suyos más seductores, qué...

En un salón:

—¿Qué le parece á usted Liniers?

—Que tiene cierto parecido moral con *La viuda de Chaparro*.

—Sí, don Santiago es un gobernador estilo Taboada.

¡Que venga Dios y lo vea,

las penas que estoy pasando

por culpa de Polavieja!

El Sr. Gómez Imaz sigue su viaje triunfal por España.

Lo malo es que el hombre va convenciéndose, en su visita á los arsenales, de que es un ministro de la Armada... sin armada.

Y que aquí no hay más *Marina* que la que canta Cañas.

Han terminado en Valladolid las representaciones de la divertida comedia *Militares y paisanos*.

El gobernador de dicha provincia ha estado admirable en su difícil papel.

Tanto, que es posible que lo contraten para otra provincia.

Notas electorales:

«En Castellón han sido derrotados todos los amigos del duque de Tetuán.»

¡Demonio! ¡Pues á ver si el duque monta en cólera y hace una de las suyas en el Congreso de la Paz!

Para prevenir un conflicto, nos consta que el Sr. Silvela le ha telegrafiado recomendándole una vez más que no saque las manos de los bolsillos del pantalón.

Los ministros y los días

de la semana son siete:

el lunes, es D. Francisco,

y Polavieja es el jueves.

En el Gobierno hay un *pozo*

(aunque es rubio) y una *viejá*,

y hay una *vela* que *silve*

y un *dato* para más señas;

esto parece la pista

de un crimen. ¡Quizás lo sea!

Salvador González Anaya, un poeta de verdadero mérito, ha publicado, con el título de *Cantos sin eco*, un hermoso tomo de versos.

Precio del libro: 2,50 pesetas.

No tardará en ver la luz pública la novela *Tik-Nay* (*El payaso imitable*), original del brillante escritor D. Eduardo Zamacois.

Dicha obra será publicada por el inteligente y acreditado editor de Barcelona D. Luis Tasso.

## FRUTA DEL PAÍS

«España es el único país donde los niños se mueren de envidia.»

Leyendo ayer estas frases de un autor célebre, pensaba yo: «No es lo malo que los niños se mueran de eso, sino que un gran número de españoles, mayores de edad agonizan de la misma dolencia.»

Claro que la envidia no es producto exclusivo de nuestro país, pero en él mejor que en otro alguno se desarrolla y crece y prospera, produciendo efectos verdaderamente desastrosos.

Consecuencia lógica de nuestro carácter vanidoso, activo y un si es no es hinchado y pedantesco, raro en el español que se decide á reconocer la superioridad de un compatriota suyo; y si alguna vez lo hace es de mala gana, á regañadientes.

¿Sale por ahí un sujeto, de condiciones estimables que procura desarrollar en este ó en el otro sentido? Pues todos caen á una sobre él para crearle obstáculos, dificultades y tropiezos, con la sana intención de que se rompa la crisma y no rebase el nivel de esas medianías impotentes que en todas las esferas del entendimiento se encuentra desempeñando el tristísimo oficio de maldecir de lo que otros hacen, de lo que ellos no serán capaces de hacer nunca. ¿Consigue el sujeto librarse de las zancadillas que le echan y de la resistencia que le oponen? ¿Llega por fin al logro de sus propósitos y deseos? Pues tenga por seguro que no han de faltarle admiradores piadosos y bien intencionados, que saquen á plaza sus debilidades y defectos, oscureciendo al paso sus méritos y sus aptitudes.

¿Por qué ese afán immoderado de quitar al prójimo lo que de derecho le corresponde? ¿Qué ventajas pueden obtener los que valen poco con destrozarse la fama de los que valen más? ¡Cualquiera lo explica...! Si esto se explicara se explicaría la razón de la envidia, dolencia que resulta y resultará siempre inexplicable.

Pero es lo cierto que si en otros países, mejor dicho, en todos existe esa enfermedad, en ninguno reviste los caracteres epidémicos que la caracterizan en España; el famoso dibujo de los tres cucañas que representa la ascensión por ellas de tres hombres, español uno, francés otro, é inglés el último, es una verdad como un templo.

Los ingleses miran impassibles la ascensión de su compatriota. «¡Que suba!—parecen decir.—Eso no es cuenta nuestra.» Los franceses ayudan al ascensionista con los hombros, con los brazos, con las espaldas. «¡Es preciso que triunfe!—exclaman.—su gloria es de todos.» Los españoles tiran á su paisano de los pies para ver si consiguen que se rompa los hocicos contra el empedrado. Esa es la monomanía española; tirar de los pies al que empieza á subir y apedrear al que está arriba.

Se entra en un café, en un teatro, en cualquier sitio donde estén reunidas cuatro personas. Pueden apostarse veinte contra uno á que los contertulios se ocupan en quitar el pellejo á alguien de cuyos méritos deberían mostrarse envidiosos.

¿Se habla de un orador?... No sabe hablar. ¿De un político? Es un imbécil. ¿De un literato? Es un mamarracho. ¿De un pintor? Es un majadero. ¿De un industrial? Es un camueso. ¿De los que están arriba? Son unos afortunados sin razón para serlo. ¿De los que empiezan á subir? Son unos ambiciosos, sin vergüenza, sin méritos y sin más aptitudes que las que por consideración les prestan algunos amigos encargados de *bombearlos*.

Siempre igual; en todas partes y á todas horas. ¿Hay que trepar? Las medianías, y con especialidad las medianías que se llaman amigos íntimos de usted, se suman y construyen una muralla de mezquindades, en la que cuesta esfuerzos enormes abrir brecha. ¿Se triunfa? Peor todavía. Antes eran veinte, ahora son veinte mil, y como la figura destaca, resulta más fácil hacer blanco.

Poco podría importar esto, si tal sistema no produjese la asfixia de muchos elementos valiosos y el achicamiento de grandes y salvadoras energías; pero es lo triste que como se necesita un organismo de titán para vencer en esa lucha diaria y continua, donde el enemigo es cobarde y hiere á mansalva, muchos retroceden, no pocos sucumben y el que llega á lo alto llega tan gastado y maltrecho que dura poco. Así como la epidemia médica arrebatando vidas y vidas produce la ruina y el empobrecimiento del país donde se desarrolla, así esa epidemia moral agosta en flor muchos cerebros que podrían contribuir al progreso de nuestra patria, determina el atraso de ésta y el mal concepto que tienen formado de nosotros las restantes naciones del mundo.

¿A qué ese afán por cerrar el paso al que viene animado de propósitos nobles y de aspiraciones justas? ¿Por qué no abrir hueco en las filas al combatiente que acude á ella ansioso de robustecerlas? ¿No hay sitio para todos? ¿Se perjudica á alguien? No, y cien veces no.

Nadie dice por qué, ninguno se atreve á explicarlo, pero el hecho existe y hasta ahora no se ha tropezado con el remedio.

Yo tampoco lo sé, y como el mal á que me refiero es contagioso y me produce un asco invencible, todas las noches antes de acostarme me hincó de rodillas á los pies de la cama y dígo levantando los ojos al cielo, juntando las manos y poniendo en mis frases toda la voluntad de mi conciencia y todo el anhelo de mis aspiraciones.

—Dios mío, tú que eres justo y bueno y omnipotente libra á este ciudadano, español y literato por añadidura, no de envidiosos, porque es muy pequeño para tenerlos y tendrían que ser muy despreciables los que tuviese. Líbrale, repito, no de envidiosos, pero sí de ser envidioso.

Así Dios me lo conceda como yo de todo corazón se lo pido.

JOAQUÍN DICENTA.

Imprenta de Antonio Marzo, Arodaca, 18.